**HOMILÍA OFRENDA DEL ANTIGUO REINO DE GALICIA**

Excelentísimo Señor Oferente, alcalde de mi querida ciudad de Mondoñedo;

Queridos hermanos en el episcopado;

Ilustrísimo Cabildo de la Catedral;

Excelentísimas e ilustrísimas autoridades;

Queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Siguiendo una tradición multisecular hemos acudido a la Ciudad del Sacramento, ciudad que nos acoge en su bella catedral y a través de la comunidad cristiana que le da vida cada día. Esta catedral, como todas, es la sede del obispo, pero también el hogar y el signo de una comunidad cristiana que pretende iluminar y encarnar el mismo y único evangelio en los tiempos distintos que nos toca vivir.

Acudimos a este templo sintiéndonos peregrinos que venimos de diferentes lugares y que necesitamos alimentarnos en nuestro caminar por la vida. La certeza de nuestro peregrinar es y se convierte en una forma de vida, en una espiritualidad, en una manera de relacionarnos entre nosotros y lo creado. El peregrino se siente débil y necesitado, fortalecido por la ayuda de los demás y urgido a alimentarse para no desfallecer y para encontrar sentido en sus pasos. En esta eucaristía hoy se nos ofrecen el alimento y el silencio contemplativo como luz en nuestro camino.

Además, lo hacemos sintiéndonos pueblo, comunidad con una historia e identidad común, que nos vincula y nos une. Es hermoso descubrirse como pueblo que tiene su unidad en elementos materiales pero también en otros elementos inmateriales a los que el Señor Oferente hacía mención. Elementos intangibles pero fundamentales para la convivencia que hemos de saber transmitir. A estos elementos corresponde esta fiesta que nos vincula a las siete ciudades del Antiguo Reino de Galicia y a las cinco diócesis gallegas. Precisamente la eucaristía se convierte así en lo que es: sacramento de unidad. En la diversidad y pluralidad de nuestras ciudades, en la riqueza de lo que somos y cómo nos expresamos, encontramos la unidad de sentirnos hermanos en torno a la mesa eucarística a la que el Señor nos convoca. En nuestra bandera y en el escudo de algunas de nuestras ciudades, entre ellas la de Mondoñedo, la belleza eucarística se expresa como presencia de lo que la herencia cristiana ha dejado en su cultura, en sus valores y en su esencia. Pero no sólo es un recuerdo y legado, es también compromiso de unidad y de proyección hermosa en el futuro como sociedad.

Me parece que estos tres elementos, la ciudad del sacramento, el sentirnos peregrinos y el hacerlo como pueblo, se aúnan en esta ofrenda del Antiguo Reino de Galicia al Santísimo Sacramento. Y lo hacen con una preciosa armonía.

Además, me gustaría dar un paso más. Acudir aquí para refrendar nuestro compromiso de que se mantenga perpetuamente viva en este altar la luz de la vela, nos descubre necesitados de luz y agradecidos al que es la Luz del mundo.

Ciertamente, la eucaristía ha sido, es y será espacio y momento de luz para todos los creyentes. ¡Cuántos grandes santos y cuántos “santos de los de la puerta de al lado” han encontrado en la eucaristía la luz que necesitaban! ¡Cuántos cristianos de esta ciudad, como en otros lugares semejantes en cada una de nuestras diócesis, han encontrado a los pies de la eucaristía la respuesta, la esperanza y el aliento a sus interrogantes y cansancios! ¡Qué necesitados estamos de descubrir y acudir a esta luz que, desde aquí, se nos regala y que aleja miedos, tormentas, inquietudes, dudas!

No extraña, por tanto, que nuestra ofrenda hoy sea recordatorio de lo que la eucaristía es, pero también agradecimiento por lo que en ella recibimos y se nos regala. Así lo sintieron nuestros mayores cuando se comprometieron a acudir hasta aquí solemnemente y en representación de todo el pueblo. Siguiendo esta tradición y haciéndola nuestra percibimos la urgencia de que en nuestra sociedad no andemos a oscuras, ni nos falten los referentes que nos han ayudado como sociedad y como pueblo: cuando aparecen escenarios de futuro que nos estremecen, cuando los problemas que tenemos que afrontar nos superan, no olvidemos la luz que a lo largo de los siglos nos ha ido iluminando y acompañando como Iglesia, como pueblo y como sociedad. En ella podemos seguir descifrando y escribiendo nuestra historia.

Al papa Juan Pablo II le gustaba indicar que la eucaristía se convertía siempre en “escuela de paz, escuela de amor, escuela de discipulado”. Me parece una imagen preciosa para reconocer la grandeza, la belleza y el significado de la eucaristía. Retrotraigámonos a nuestra infancia, cuando éramos niños y acudíamos a la escuela de nuestro barrio, de nuestra aldea. La escuela era un lugar significativo, importante, apreciado, que nos hacía crecer, que nos ayudaba a ser, que nos abría horizontes de pensamiento y conocimiento, de humanidad y de sabiduría. Era el lugar donde aprendíamos, desde nuestra debilidad, o donde nos dejábamos modelar desde nuestras capacidades. Era el espacio donde se nos invitaba a ensayar e intentar eso que el Señor Oferente nos indicaba: combinar la permanencia y el cambio, lo que vale la pena guardar y los caminos nuevos que tenemos que ensayar.

¡Qué hermoso sería si los creyentes sintiéramos esta experiencia en la eucaristía que celebramos y que adoramos! ¡Qué grandes seríamos si experimentáramos la eucaristía como esa escuela permanente a la que acudimos cada día para dejarnos enseñar, para poder discernir los tiempos nuevos a los que nos enfrentamos, para cambiar nuestra mirada y transformarla por la mirada de Jesús hacia las personas, hacia los problemas, hacia las cosas! En el fondo, qué sabios seríamos si reconociéramos como ciertas las palabras de san Agustín que, al comulgar, nos recordaba: “No me transformarás en ti como asimilas los alimentos de la carne, sino que tú te transformarás en mí”.

Transformarnos en Cristo, cristificarnos, es lo que produce en nosotros la eucaristía. Algo que hoy proclamamos especialmente, en este día en que votamos un nuevo parlamento para Europa. Una Europa que busca a tientas lo que quiere ser, que tiene miedo a abrirse y perder su bienestar, que tiene dificultades para sentirse una unidad de proyecto común, que parece girar sólo en torno a la economía en lugar de la sacralidad de las personas. “¿Hacia dónde caminas Europa?”, se preguntaba el papa Francisco en la pasada JMJ de Lisboa en la que algunos pudimos participar. Una pregunta a la que hoy, como ciudadanía, esperemos dar una respuesta. Y lo haremos adecuadamente si apostamos por construirla desde los valores que los padres fundadores de la Unión Europea configuraron este sueño europeo: paz, libertad, solidaridad, unidad, dignidad… O como la Iglesia nos recuerda desde cuatro verbos que son un proyecto político en todos los escenarios: acoger, proteger, promover e integrar a las personas.

La eucaristía nos despierta siempre a un horizonte universal, de fraternidad y de respeto a la dignidad de la persona. Como decía el Papa hace pocos días: “La eucaristía nos impulsa a un amor fuertemente comprometido con el prójimo, porque no podemos comprender y vivir su significado verdaderamente si tenemos cerrado el corazón a los hermanos y a las hermanas, especialmente a los que son pobres, sufren o están perdidos en la vida”. Y es que, como la Palabra de Dios proclamada este domingo nos recordaba, cada vez que celebramos la eucaristía se actualiza el misterio de la entrega de Dios por nosotros en la Cruz, el signo del amor que Él te tiene, que Él te ofrece. Contemplar, participar, adorar a la eucaristía, como al sol del verano que tiñe nuestra piel, nos transforma también en personas y sociedades que luchan, se entregan, incluyen, se dan, construyen proyectos de fraternidad y de futuro para todos. Es mi deseo para Mondoñedo, para Galicia y para Europa. Que el Señor Eucaristía nos bendiga, nos guarde y nos transforme. Amén.

**HOMILÍA OFRENDA DO ANTIGO REINO DE GALICIA**

Excelentísimo Sr. Oferente, alcalde da miña querida cidade de Mondoñedo;  
  
queridos irmáns no episcopado;

ilustrísimo Cabido da Catedral;

excelentísimas e ilustrísimas autoridades;

queridos irmáns e irmás no Señor:

Seguindo unha tradición multisecular acudimos á Cidade do Sacramento, cidade que nos acolle na súa bela catedral e a través da comunidade cristiá que lle dá vida cada día. Esta catedral, como todas, é a sé do bispo, pero tamén o fogar e o signo dunha comunidade cristiá que pretende iluminar e encarnar o mesmo e único evanxeo nos tempos distintos que nos toca vivir.

Acudimos a este templo sentíndonos peregrinos que vimos de diferentes lugares e que necesitamos alimentarnos no noso camiñar pola vida. A certeza do noso peregrinar é e convértese nunha forma de vida, nunha espiritualidade, nunha maneira de relacionarnos entre nós e o creado. O peregrino séntese débil e necesitado, fortalecido pola axuda dos demais e urxido a alimentarse para non desfalecer e para atopar sentido nos seus pasos. Nesta eucaristía hoxe ofrécesenos o alimento e o silencio contemplativo como luz no noso camiño.

Ademais, facémolo sentíndonos pobo, comunidade cunha historia e identidade común, que nos vincula e nos une. É fermoso descubrirse como pobo que ten a súa unidade en elementos materiais, pero tamén noutros elementos inmateriais aos que o Señor Oferente facía mención. Elementos intanxibles pero fundamentais para a convivencia que habemos saber transmitir. A estes elementos corresponde esta festa que nos vincula ás sete cidades do Antigo Reino de Galicia e ás cinco dioceses galegas. Precisamente, a eucaristía convértese así no que é: sacramento de unidade. Na diversidade e pluralidade das nosas cidades, na riqueza do que somos e como nos expresamos, atopamos a unidade de sentirnos irmáns ao redor da mesa eucarística á que o Señor nos convoca. Na nosa bandeira e no escudo dalgunhas das nosas cidades, entre elas a de Mondoñedo, a beleza eucarística exprésase como presenza do que a herdanza cristiá deixou na súa cultura, nos seus valores e na súa esencia. Pero non só é un recordo e legado, é tamén compromiso de unidade e de proxección fermosa no futuro como sociedade.

Paréceme que estes tres elementos, a cidade do sacramento, o sentirnos peregrinos e o facelo como pobo, unifícanse nesta Ofrenda do Antigo Reino de Galicia ao Santísimo Sacramento. E fano cunha preciosa harmonía.

Ademais, gustaríame dar un paso máis. Acudir aquí para referendar o noso compromiso de que se manteña perpetuamente viva neste altar a luz da candea, descóbrenos necesitados de luz e agradecidos ao que é a Luz do mundo.

Certamente, a eucaristía foi, é e será espazo e momento de luz para todos os crentes. Cantos grandes santos e cantos “santos dos da porta do lado” atoparon na eucaristía a luz que necesitaban! Cantos cristiáns desta cidade, como noutros lugares semellantes en cada unha das nosas dioceses, atoparon aos pés da eucaristía a resposta, a esperanza e o alento aos seus interrogantes e cansazos! Que necesitados estamos de descubrir e acudir a esta luz que, desde aquí, recibimos como regalo e que afasta medos, tormentas, inquietudes, dúbidas!

Non estraña, por tanto, que a nosa ofrenda hoxe sexa recordatorio do que a eucaristía é, pero tamén agradecemento polo que nela recibimos e se nos regala. Así sentiron os nosos maiores cando se comprometeron a acudir ata aquí solemnemente e en representación de todo o pobo. Seguindo esta tradición e facéndoa nosa percibimos a urxencia de que na nosa sociedade non andemos ás escuras, nin nos falten os referentes que nos axudaron como sociedade e como pobo: cando aparecen escenarios de futuro que nos estremecen, cando os problemas que temos que afrontar nos superan, non esquezamos a luz que ao longo dos séculos foinos iluminando e acompañando como Igrexa, como pobo e como sociedade. Nela podemos seguir descifrando e escribindo a nosa historia.

Ao papa Xoán Paulo II gustáballe indicar que a eucaristía se convertía sempre en “escola de paz, escola de amor, escola de discipulado”. Paréceme unha imaxe preciosa para recoñecer a grandeza, a beleza e o significado da eucaristía. Voltemos á nosa infancia, cando eramos nenos e acudiamos á escola do noso barrio, da nosa aldea. A escola era un lugar significativo, importante, apreciado, que nos facía crecer, que nos axudaba a ser, que nos abría horizontes de pensamento e coñecemento, de humanidade e de sabedoría. Era o lugar onde aprendiamos, desde a nosa debilidade, ou onde nos deixabamos modelar desde as nosas capacidades. Era o espazo onde se nos convidaba a ensaiar e tentar iso que o Señor Oferente nos indicaba: combinar a permanencia e o cambio, o que vale a pena gardar e os camiños novos que temos que ensaiar.

Que fermoso sería se os crentes sentísemos esta experiencia na eucaristía que celebramos e que adoramos! Que grandes seriamos se experimentásemos a eucaristía como esa escola permanente á que acudimos cada día para deixarnos ensinar, para poder discernir os tempos novos aos que nos enfrontamos, para cambiar a nosa mirada e transformala pola mirada de Xesús cara ás persoas, cara aos problemas, cara ás cousas! No fondo, que sabios seriamos se recoñecésemos como certas as palabras de santo Agostiño que, ao comulgar, lembrábanos: “Non me transformarás en ti como asimilas os alimentos da carne, senón que ti transformaraste en min”.

Transformarnos en Cristo, cristificarnos, é o que produce en nós a eucaristía. Algo que hoxe proclamamos especialmente, neste día en que votamos un novo parlamento para Europa. Unha Europa que busca ás apalpadelas o que quere ser, que ten medo a abrirse e perder o seu benestar, que ten dificultades para sentirse unha unidade de proxecto común, que parece virar só ao redor da economía en lugar da sacralidade das persoas. “Cara a onde camiñas Europa?”, preguntábase o papa Francisco na pasada Xornada Mundial da Xuventude de Lisboa na que algúns puidemos participar. Unha pregunta á que hoxe, como cidadanía, esperamos dar unha resposta. E farémolo adecuadamente se apostamos por construíla desde os valores que os pais fundadores da Unión Europea configuraron este soño europeo: paz, liberdade, solidariedade, unidade, dignidade… Ou como a Igrexa nos lembra desde catro verbos que son un proxecto político en todos os escenarios: acoller, protexer, promover e integrar ás persoas.

A eucaristía espértanos sempre a un horizonte universal, de fraternidade e de respecto á dignidade da persoa. Como dicía o Papa hai poucos días: “A eucaristía impúlsanos a un amor fortemente comprometido co próximo, porque non podemos comprender e vivir o seu significado verdadeiramente se temos pechado o corazón aos irmáns e ás irmás, especialmente aos que son pobres, sofren ou están perdidos na vida”. E é que, como nos lembra a Palabra de Deus proclamada este domingo, cada vez que celebramos a eucaristía actualízase o misterio da entrega de Deus por nós na cruz, o signo do amor que El che ten, que El che ofrece. Contemplar, participar, adorar á eucaristía, como ao sol do verán que tingue a nosa pel, transfórmanos tamén en persoas e sociedades que loitan, se entregan, inclúen, dánse, constrúen proxectos de fraternidade e de futuro para todos. É o meu desexo para Mondoñedo, para Galicia e para Europa. Que o Señor Eucaristía nos bendiga, garde e transforme. Amén.